



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 18784

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIÉRCOLES 22 DE JUNIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

SOCIEDAD PROGRESIVA

CARTAGENA

BANCA — CAMBIOS. — DESCUENTOS. —

VALORES PÚBLICOS. — CUENTAS CORRIENTES

CAJA DE AHORROS

Con 5 O/O de interés anual

Plaza de Castellini, hoy Mariano Sanz, 10, bajo.

No ha de convencerse

Dice el «Diario de San Fernando», que el señor Maura parece que ha dicho a los Diputados de aquella circunscripción, que firme en sus propositos y en sus ideas no habrá fuerza humana capaz de convencerle para que aconseje al ministro de Marina modique sea todo ó en parte sus proyectos de organización de servicios y que le tiene completamente sin cuidado lo que se diga y haga para hacerle variar de ese criterio suyo.

Verdadera importancia tiene para Cartagena conocer la actitud del señor Maura, de cuya voluntad exclusiva depende la ruina ó el bienestar de este pueblo.

Meditando el alcance de las palabras que se supone dichas por el señor Maura, no podemos por menos de lamentarlas y hacer comparaciones entre la fiereza con que se trata á esta población y la bondad con que se ha mirado al pueblo catalán; y sacamos la consecuencia de que falta algo muy esencial para que adquiera la debida cimentación el crédito que se adjudica a un hombre de Estado que antes de escuchar los razonamientos que han de ser rechazados por que no ha de dejarse convencer ante ningún argumento por muy justo y razonado que sea.

Nada puede importar al señor Maura lo que aquí hagamos y digamos, por que tiene la seguridad de que Cartagena no ha de hacer ninguna cosa incorrecta. Pero a tal extremo puede llegar la desesperación, que sin ponerse fuera de la legalidad realice actos que preocupen al Gobierno.

En defensa de los intereses de la maestranza de este Arsenal hemos de quemar hasta el último cartucho, porque se trata también de los intereses de Cartagena, amenazada de muerte con las desdichadas reformas del ministro de Marina.

Por eso es necesario y conveniente que se hable claro y sepan todos la marcha de una cuestión que tanto nos interesa y preocupamos, para adoptar las medidas que exija la defensa de tan sagrados intereses.

Tenga la seguridad nuestra maestranza, que la prensa de Cartagena sabrá cumplir con sus deberes, llegando hasta donde sea

preciso para defender sus intereses que son también los de esta ciudad, digna de mejor suerte, que ha vivido siempre en el mayor desamparo, sin que los llamados a ¡Quiera el cielo que la Comisión que gestiona en Madrid la solución del asunto que tanto nos afecta, pueda convencer al señor Maura á que deponga su tenacidad y nos barga justicia!

TIJERETAZOS

Leemos:

«El señor Zorita, molesto con el gobierno por no sabemos qué cuestiones relativas á la representación que en su distrito ostenta, ha escrito una carta al señor Romero Robledo anunciándole que desde hoy pedirá que se cuente el número de diputados para celebrar sesión».

Así anda la política en nuestro país.

Pendiente de que cualquier Zorita se disguste con un ministro y pida que se cumpla el reglamento.

De modo que si los ministros quitan el disgusto á Zorita, no hay inconveniente en que se falte á la ley por que se rige la Cámara, celebrando sesiones con cuatro diputados.

¡Cuando digo que te adoro!

Dicen de Madrid que es muy comentada la frase de Moret relativa á que combatirá al gobierno con toda energía cuando llegue el otoño.

Sin duda no lo combate ahora por el mucho calor.

Villaverde se ha expresado en el mismo sentido. Cuando llegue el otoño entrará en línea y atacará de firme.

Es lo que dirá el aspirante á regenerador de la peseta:

—Con el calor que nos envía Febo y con el que hay que poner en la palabra para discutir, hay peligro de convertirse en caldo.

Y deja el asunto para cuando haga frío. Mientras, que siga el franco moidiendo en la peseta, dejándola más chica á cada instante.

¡Ya está que casi no se ve!...

Leemos:

«Se ha autorizado la comunicación telegráfica y telefónica en los diversos idiomas y dialectos que se hablan en España».

¿En caló también?

Dice un periódico:

«En el Congreso ha vuelto á ponerse sobre el tapete el problema de los cambios».

De eso se ocupan todos los diputados, si bien bajo aspectos distintos.

Unos persiguen el cambio de política.

Otros desean que cambien los ministros.

Hay quien estudia el modo de cambiar de postura sin dar que decir.

Y los más esperan que se dé el cerroja-

zo, para cambiar de domicilio yéndose á las playas en busca de fresco.

Hasta Villaverde, que un tiempo fué partidario ferviente de solucionar ese pro-

blema, está esperando que suene la llave en la puerta, para echar á correr exclamando:

—Aquí sobra uno.

O'DONNELL

DEL NUEVO LIBRO DE PEREZ GALDÓS

Guillermo de Aransis, marqués de Loarre por sucesión directa, Conde de Sámanes y de Perpollá por su parte en la herencia de San Salomé, era un joven de excelentes prendas: corazón bueno, inteligencia viva; ¡ay! que se hallaban en él ahogadas ó comprimidas debajo del avasallador prurito de elegancia.

Resplandor de la belleza es la elegancia, y como tal, no puede negarsele la casta divina; pero cuando al puro fin de elegancia se subordina toda la existencia, alma, voluntad, cuerpo, pensamientos, sobreviene una deformación del ser, horrible y lastimosa, aunque en apariencia, no caiga dentro del aspecto de la fealdad.

Dotado de atractivos, hermosa figura, palabra fácil y seductora, no vivía más que para agregar á su persona todos los ornamentos y toda la exterioridad que había de darle brillo y supremacía evidentes entre los individuos de su clase. Exaltado su amor propio, no reparaba en medios para obtener tal supremacía y hacerla indiscutible; sus trajes habían de ser los más notorios por el sello de la personalidad, siguiendo la moda con el precepto sutil de acatarla sin parecerse á los que elegantemente la seguían. Había de ser lo suyo distinto de lo general, sin disonancia, ó con sólo una disonancia que, por muy discreta, llevaba en sí la deseada y siempre perseguida superioridad. Se preciaba, ó de inventar algo en el arte de vestir, ó de ser el primero que importase de los talleres parisienses las formas nuevas, cuidando de presentarlas modificadas por su gusto propio antes que el uso de los demás las generalizara.

En todo, esto para que resultase verdadera elegancia, la naturalidad sin estudio alejaba toda sombra de afectación. A estos primores del vestir seguían los del andar en coche.

Muy santo y muy bueno, legítimo á todas luces, es que no salgan á pie los ricos, y que gasten coche para su comodidad, decoro y recreo; pero que se pasen el día ostentando formas y estilos nuevos de carruajes, guiándolos con más trabajo de cocheros que descanso de señores, es un extremo de vanidad rayano en la tontería. El elegante toma con esto un carácter profesional; sienta sobre sí la mirada crítica y exigente del público; ha de divirtir antes que divertirse; los bonitos caballos de tiro y de silla pregonan su riqueza y buen gusto, y al fin se estima y alaba más la gallardía de sus bestias que la suya propia.

Naturalmente, las vanidades del orden santuario iban á reunirse y coronarse en la vanidad amorosa.

Aransis llegó á creer que uno de los principales fines de la humanidad era que se prendasen de él todas las mujeres hermosas que en Madrid había.

Lo consideraba en ellas como un cumplimiento de las leyes de su destino. Con todas entraba, alcurniadas y plebeyas, más afortunado tal vez en las zonas altas que en las medias de la sociedad, por venir esta corrupción de arriba para abajo, cosa en verdad que no es nueva en la historia de los pueblos.

Imposible referir todas las proezas de amor con que ilustró su juventud el marqués de Loarre, y sobre difícil, la estadística sería poco interesante, por carecer estas aventuras, en el prosaico siglo XIX, de la poesía erótica y caballeresca que en eda-

dades de más duras costumbres tuvieron. La tolerancia de hecho encubierta con la gazonería pública, la flexibilidad moral y el culto frío y de pura fórmula que la virtud, recibía, quitaban toda intensidad dramática á las transgresiones de la ley. Salían de los palacios estas historias, sin que al pasar de la realidad á las lenguas, movieran ruidosamente la opinión, ni escandalizaran en grado más alto que el común de los sucesos privados y públicos. Como los pronunciamientos y motines, como las revoluciones á tiros ó á discursos por ganar el poder, estas inmoralidades del mundo heráldico iban tomando carácter crónico que apenas turbaba la paz de las conciencias amodorradas.

Si en los amores de la garbosa vanidad, y en otros de pasional demencia, se iba dejando Aransis velloneo de su fortuna, el vellón más grande lo perdió con la marquesa de Monteorgaz, dama en extremo dispensiosa, con menguada riqueza por su casa. Era un zarzal con tantas púas que el marqués de Loarre perdió en él toda su lana. Los estados de Sámanes y Perpollá quedaron como si dijéramos desnudos, en fuerza de hipoteca.

No era en total la fortuna de Guillermo de las más altas de la grandeza: podía con ella vivir holgada y noblemente, sujetándose á un orden estrecho de administración. Pero con la vida que llevaba quedaría todo el caudal liquidado en media docena de años.

Tarde vió el «lion» el abismo en que había de caer, pero aún podía salvar una parte del haber patrimonial si se plantaba en él y ponía un freno á sus desórdenes. Sobre esto le habló con cariñosa severidad un día su amigo Beramendi: tan instructivo fué el sermón, exégesis de aquella sociedad y de otras más próximas á la nuestra, que la Historia se dignó traerlo acá y hacerlo suyo.

«Estás arruinado, Guillermo, y sólo trazando una raya muy gorda en tu vida con propósito de cambiar ésta radicalmente, podrás salvar lo preciso para vivir con decencia, sin locuras».

Dices que aún cuentas con la herencia de tu tío el Marqués de Bonavante, y con ese monte de la sierra de Gaara, que denunciado ya como terreno carbonífero, puede ser para tí un monte de oro. No te fíes, Guillermo: tu tío puede cambiar de propósito, si llega á enterarse de los humos que gastas, y en el monte no pongas tus esperanzas: una vez entre mil dejan de salir fallidas las ilusiones de los mineros. Déjate, pues, de montes de oro y de tios de plata, y hazte cargo de la realidad, y oye bien lo que voy á decirte, que es duro, muy duro, pero saludable. Por algo soy el amigo que más te quiere.

La vida que vienes haciendo del 50 acá, es enteramente estúpida: tu conducta es la de un idiota.

Imbecilidad para es tu vida, y así la llamo pensando que todavía no la califico tan severamente como merece. Y voy más allá, Guillermo: sostengo que no hay derecho á vivir así.

Se dice que cada cual hace de su dinero, de su tiempo y de su salud lo que quiere; y yo afirmo que eso no puede ser. En el dinero, en el tiempo y en la salud de cada persona hay una parte que pertenece al conjunto, y al conjunto no podemos escatimarla...

Una parte de nosotros no es nuestra, es de la totalidad, y á la totalidad hay que darla. ¿Qué? ¿Te asombra? ¿No entiendes lo que digo? Pues lo repito, y añado que están por hacer las leyes que determinen esa parte de nosotros mismos perteneciente al acervo común, y que ordenen la forma y manera de que los demás, todos, le quiten á cada cual esa partida que indobidamente retiene.

Las leyes que faltan se harán: ni tú ni yo lo veremos; pero cree que se harán... Y mientras las leyes vienen, debemos anticipar su cumplimiento con algo que se parezca á la ley nonnata. Tó, Guillermo, eres idiota y criminal, porque gastas todo tu dinero, todo tu tiempo y toda tu salud en no hacer nada que conduzca al bien general.

El que no hace nada, absolutamente nada, debe desaparecer, ó merece que le tansen los bienes que derrocha sin ventaja alguna ni de los demás. Me dirás que yo soy lo mismo que tú, que vivo en grande sin trabajar ni producir cosa alguna. Estás equivocado: yo hago algo, no todo lo que debo; pero con un poquito de acción útil cumpla la ley, y no soy como tú, materia inerte en la Humanidad.

Yo gasto parte de las rentas de mi mujer en vivir bien y decorosamente, sin escarrocarse con un lujo desfachatado á esta familia española compuesta de pobres en su gran mayoría. Yo no cultivo mis tierras, no ejerzo ninguna profesión ni oficio; pero no puedo decirme de mí que nada produzco. Yo he producido un hijo, y en criarlo y educarlo para que sea ilustrado, saludable y hombre de bien, pongo todo mi espíritu y empleo casi todas las horas del día. ¿Qué... te ríes? ¿Te parece poco?

No me interrumpas... déjame seguir. Voy á contar por los dedos... por los dedos no, pues son pocos para tan larga cuenta... Voy á recordarte los crímenes de imbecilidad que has cometido, para que te horrores: Cubrir de piedras preciosas el seno hiperbólico de la Navalcarazo, que te lo agradeció diciendo, al mes de romper contigo, que eras un «niño de la Doctrina Cristiana».

Para pagarle á Samper toda aquella quincalla fina, tuviste que hipotecar dos dehesas... á dehesa por pecho. Sigo: no fué menor imbecilidad regalarle á «Pepa la Sevillana» una casa de tres pisos en la calle de Belén. Habrías cumplido con una casa de muñecas... para jugar á los comprometidos. Imbecilidad de marca mayor, los convites de doscientas personas que dabas en tu finca de Aranjuez, con tren especial, comilonas servidas por Lhardy, y champaña de la señora viuda de Cliequot á todo pasto...

En tus chapzones con la de Cardoña no pudiste deslumbrar á ésta con alardes de lujo insensato, porque ella es más rica que tú, como diez veces más rica. Pero de aquella fecha data tu furor de coches y caballos, que luego llevaste al delirio en tiempo de la Villaverdeja, grande apasionada de las cosas hípias y cochileras. El colmo del idiotismo veo en tu afán de pasear por Madrid trenes lujosos, y la misma Villaverdeja ó la Belvis de la Jara, no estoy bien seguro, te hizo justicia poniéndote el apodo del «Fastontó»... Te han hecho un daño inmenso tus viajes anuales á París, y el flujo de imitar las opulencias que has visto en aquella capital. Bien podías haberte lucido discretamente en este coronado villorrio, sin importar las grandezas que allí son proporcionadas y aquí desmedidas.

Añadiendo á estas locuras el boato de tu casa, tus almuerzos y cenas, tu protección á innumerables vagos que, aduándate, te trastronan, y con astutas socialidades saquean, tenemos, mi querido Guillermo, que el Bobo de Coria es un sabio comparado contigo.

Pero el punto en donde llegas á la suprema imbecilidad y al idiotismo más perfecto